

ADRIANA LISBOA

Hanói

Traducción de Teresa Arijón y Bárbara Belloc



Lisboa, Adriana
Hanói / Adriana Lisboa. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2015.
200 p.; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Teresa Arijón; Bárbara
Belloc.

ISBN 978-987-628-388-5

1. Novela. I. Arijón, Teresa, trad. II. Belloc,
Bárbara, trad. III. Título.
CDD B869.3



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura del Brasil, Fundación Biblioteca
Nacional / Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil, Fundação
Biblioteca Nacional.

Título original: *Hanói*

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición en Argentina: noviembre de 2015

© Adriana Lisboa, 2013. Por acuerdo con Literarische Agentur Martin Inh. Nicole Witt e.K.,
Frankfurt am Main, Germany

© de la traducción: Teresa Arijón y Bárbara Belloc, 2015

© de la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-388-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del
Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante
alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 2.000 ejemplares de *Hanói*, de Adriana Lisboa se terminó de imprimir
en EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A., Comandante Spurr 631, Avellaneda,
el 30 de octubre de 2015.

A Paulo

*...aun cuando este día parece propicio
para descubrir los terrenos insondables.*

Miguel Ángel Zapata

Alguien le había contado a David la historia del sujeto diagnosticado con una enfermedad grave a quien el médico sólo le había dado un año de vida: el enfermo renunció a su empleo, vendió todo lo que tenía y se lo gastó en una fiesta de dimensiones épicas. Poco después se descubrió que el diagnóstico estaba equivocado. Parece ser que el médico tuvo que enfrentar una demanda legal, pero a partir de eso la historia perdía todo interés para David.

En eso pensaba viendo cómo el oncólogo tomaba un elefantito de piedra verde que había en un estante y lo hacía girar entre sus manos mientras hablaba. Era como si estuviera analizando el caso del elefantito de piedra, no el de David. Tratamientos disponibles: meses más, meses menos, dependiendo de esto o de aquello.

El médico examinó la trompa del elefante, las patas. Lo puso mirando hacia un lado, después hacia el otro. Dijo algo sobre quimioterapia (que en el caso de David no recomendaba, y explicó por qué) y radioterapia (que en su caso recomendaba, y explicó por qué).

Por un instante David tuvo la impresión de que el elefante respondería desde el fondo del océano de silencio donde él, David, se estaba hundiendo. Su nuevo portavoz de piedra verde, que hablaría con una voz pequeña, mineral y reflexiva. Porque las palabras de David parecían estar metidas dentro de

algún cajón, en un rincón de su cerebro enfermo, y entre la prisa y el desorden no conseguía encontrarlas.

David había leído en una revista, muchos años antes, que los elefantes abandonan su manada cuando sienten que la muerte se acerca y se van solos a buscar un lugar donde no sea difícil encontrar agua y abrigo. Los dientes se les ponen frágiles, pierden la eficacia de otras etapas de la vida y los animales van en busca de áreas pantanosas donde encuentran alimento blando. Ése parecía haber sido el origen del mito del cementerio de elefantes. Una mera coincidencia geográfica que era producto de las dificultades de la última etapa de la vida. Y era allí donde los animales veían su último día y daban su último suspiro, en aquel cuerpo colosal, que antes parecía casi indestructible. Los elefantes no tendrían que morir, ¿no es cierto? Los elefantes tendrían que vivir para siempre. Pero morían y dejaban la carcasa, después los huesos, después lo que fuera que quedara de los huesos. Vestigios. Pequeñas marcas en el suelo.

Terminada la consulta, David estrechó con su mano fría la mano tibia y firme del médico. Acompañado por la enfermera fue a ocuparse de las formalidades que continuaban existiendo: la misma trama de orden, el mismo seguir adelante.

Había papeles que firmar, breves agradecimientos que hacer con sonrisas que no eran sonrisas, que eran sólo contracciones de los músculos de la cara. Pensó en la embocadura de la trompeta. Ajuste los músculos de esta manera, haga la presión correcta, ni más ni menos, y sople.

No se arrancó las ropas ni salió corriendo a los gritos por la calle, incluso aunque ya formara parte del grupo de personas a las que en última instancia se les permitía cierta falta de juicio. No le tocó el culo a la enfermera, que hacía lo posible para disimular que era linda detrás de un chaleco estampado con Plutos. No subió al techo de la clínica. Lo único que

hizo fue buscar un café allí cerca, sorprendido porque todo seguía siendo igual que siempre. El cielo no se había puesto anaranjado, el suelo no temblaba ni había Gozillas en la calle que aplastaran los autos.

Estaba claro; en ese momento el mundo pasaba de largo del drama. La gente era la que le ponía adjetivos por la fuerza a las cosas, que de otro modo serían sólo cosas, ni simples, ni complejas, ni fáciles, ni difíciles, ni justas, ni injustas.

La lista que le había dado el oncólogo, por ejemplo, sería sólo una lista. Y lo que constaba en ella no sería sino aquello que ya había comenzado, poco a poco, tranquilamente y silbando bajito, a ser el nuevo patrón del cuerpo de David.

Si al final de cuentas, tomando como referencia el universo —sobre el cual le gustaba leer en el suplemento de ciencia del diario—, su paso por el mundo era tan rápido como el de una estrella fugaz. Cierra los ojos, ¡paf!, se acabó. Sus treinta y dos años eran comparables a la billonésima parte de la billonésima parte de un segundo, que era el tiempo de vida de las partículas subatómicas descriptas en la última edición del suplemento. Puestos en perspectiva, en una perspectiva de billones de años, David y las partículas subatómicas eran primos. Ambos duraban lo que dura un suspiro.

Y pensar que en algún lugar del mundo un turista idiota estaría preguntándole a su guía si el jugo que le ofrecía el hombrecito moreno, en el país extranjero, estaba preparado con agua mineral, como en la historia que su compañera de trabajo, recién llegada de un viaje, había contado unos días antes: el guía dijo que sí, claro, aunque era obvio que no, claro, pero el tema era absurdo y no merecía más que ese pequeño teatro por parte de un actor semiprofesional.

Y pensar que en la víspera —¡en la víspera!— David ayudaba a una clienta, con gran empeño, a elegir el mejor inodoro para la reforma de su baño. Un inodoro no es más que un objeto de loza con funciones exclusivamente prácticas que se coloca en el baño. Nada más que eso. ¡Llévese cualquiera, por el amor de Dios! Cualquiera sirve.

Todas esas cosas entraban ahora en el país de los sueños: viajes, turistas, agua mineral, inodoros. Una nube de polvo las envolvía.

Al mismo tiempo todo era, por primera vez, normal. Todo eran sustantivos. Nada como un médico girando un elefanti-to de piedra entre sus manos y haciendo una lista de números y síntomas. La autodefensa del molusco ante la invasión de un cuerpo extraño es luego conocida como perla. Cuando te dicen que es el último trago, pensó David, te detienes, aguzas los sentidos y sientes el sabor de la bebida por primera vez.

Ese mismo día, algunas horas más tarde, el dueño de un pequeño supermercado asiático en Little Vietnam fue a llamarle la atención a la chica que atendía la caja; la acusó de estar de mal humor y le dijo que su mal humor no era bueno para los negocios.

En el supermercado de la calle Broadway (cuyo nombre evitaba pronunciar, tal vez por una inconfesada superstición), los empleados son siempre amables y siempre sonríen, concluyó el dueño.

La chica que atendía la caja miró las tortas de Mai's Bakery y de Yen Huong Bakery. Los paquetes y paquetes de fideos de arroz y el té de ginseng para bajar de peso. Las bolsitas con semillas de urucum, *hot dieu mau*, en promoción. Las montañas verdes de *banh da lon*, las tortas de tapioca frescas detrás del vidrio. Suspiró.